



*"Nos unen tantas vidas,
del pasado y del presente,
sostenidas por la savia
del Espíritu de Dios.
Mujeres que entrelazan
experiencias y caminos,
sabias, valientes,
las mujeres de tu pueblo.
Fieles, constantes,
enraizadas en tu amor."
Ain Karem*

Con los pies en el camino y al ritmo del Espíritu, anhelamos seguir peregrinando por sendas de transformación para nacer de nuevo como Vida Religiosa. Desde este horizonte, ponemos en tus manos el primer número del año 2026 de nuestra *Revista CLAR —Edición Especial—*, que nos invita a abrir los ojos y ensanchar el corazón ante un signo decisivo de nuestro tiempo: *la ministerialidad de la mujer en la Iglesia*.

Desde la memoria de Jesús y la Buena Nueva del Reino —donde la Palabra se hace carne y rompe toda distinción de etnia, género o condición— se nos revela un modo nuevo de vivir el servicio y la comunión: una relacionalidad circular basada en arte del encuentro, que sea fiel al proyecto de Dios para la humanidad y la creación.

A pesar de la "miopía de género" que ha acompañado el caminar de la comunidad eclesial desde sus inicios, recordamos que las primeras comunidades conocieron mujeres y hombres ejerciendo ministerios con dignidad compartida. El seguimiento y discipulado de Jesús mostró un camino común donde las mujeres acompañaron (cf. Lc 8,1-3), sostuvieron la esperanza (cf. Jn 19,25-27) y fueron las primeras anunciadoras de la Resurrección (cf. Mt 28,5-10; Lc 24,1-11; Mc 16,1-14; Jn 20,11-18). Aun en medio de condiciones socioculturales y religiosas adversas, las mujeres estuvieron profundamente presentes entre los discípulos: viajaban, servían, daban testimonio, oraban, creían, sostenían materialmente la misión y anunciaban la Buena Nueva del Reino.

De esta manera, volver sobre la memoria de nuestros orígenes, nos ayuda a tomar conciencia de que el seguimiento de Jesús es un modelo compartido de discipulado y liderazgo de mujeres y hombres: nos necesitamos mutuamente, y la misión del Reino nos necesita hoy más que nunca.

Somos testigos de que, tanto en la Amazonía como en tantos otros territorios de nuestros contextos —en los pueblos originarios y afrodescendientes, en veredas y aldeas campesinas, en barrios y calles de las ciudades, en las rutas migrantes y en las múltiples acciones pastorales y sociales de las comunidades eclesiales— las mujeres continúan sosteniendo la vida del Pueblo de Dios: animan comunidades, celebran la Palabra, cuidan la Casa Común y defienden la dignidad de los pueblos. Están allí donde la vida clama.

Este número recoge reflexiones teológicas lucidas, experiencias pastorales emblemáticas, procesos sinodales esperanzadores y testimonios elocuentes que muestran una realidad viva a lo largo y ancho de nuestro Continente: *la diaconía femenina existe como servicio cotidiano y como expresión de la vocación bautismal.*

Por ello, el debate sobre el diaconado femenino en la Iglesia no está cerrado. De ahí la importancia de mantener abierto el discernimiento eclesial, pues la memoria de la tradición, los desafíos pastorales actuales y los signos del Espíritu nos llaman a ser una Iglesia más sinodal, corresponsable e inclusiva. Discernir hoy exige escuchar los signos de los tiempos, reconocer los frutos del Espíritu y buscar el bien de la comunidad, porque lo que afecta a todas/os debe ser discernido por todas/os. En ello se juega la fidelidad al Evangelio.

Aun entre tensiones, preguntas y esperanzas, emerge una convicción profunda: *sin la participación plena de las mujeres, la Iglesia no puede reflejar plenamente el rostro de Cristo servidor.* Voces proféticas, testimonios concretos y experiencias comunitarias nos animan a seguir caminando, a convertir formas, estructuras y mentalidades, y a reconocer la riqueza de los carismas que el Espíritu suscita.

Leer y profundizar en esta Edición Especial de la Revista CLAR es entrar en un diálogo vital con el presente y el futuro de nuestra Iglesia. Es dejarnos interpelar por la esperanza, por la justicia bautismal y por el llamado a construir comunidades donde la igualdad sea práctica cotidiana y el servicio sea signo creíble del Evangelio.

Porque las mujeres, desde el territorio y la cotidianidad, *no esperan un lugar: lo habitan; no reclaman poder: ofrecen servicio; no buscan privilegios: sostienen la vida*. Ellas, como canta la estrofa que encabeza esta editorial, siguen visitando, acompañando y anunciando: *mujeres que entrelazan, experiencias y caminos, sabias, valientes, las mujeres de tu pueblo. Fieles, constantes, enraizadas en tu amor*".

Como lo intuyen y describen los distintos artículos que conforman este número de la Revista CLAR, quizá el futuro de la Iglesia no dependa de abrir puertas nuevas, sino de reconocer las que ya están abiertas. Mientras haya mujeres que sostengan la fe, acompañen el dolor, defiendan la dignidad humana, cuiden la creación y anuncien la Vida Nueva del Resucitado, el Evangelio seguirá encarnándose.

Y el Espíritu continuará tejiendo lo común —silencioso, paciente e imparablemente— hasta que la igualdad se haga costumbre y la Iglesia sea verdaderamente casa para todos, todos, todos.

José Luis Loyola, MSpS